

Tropiezos y oportunidades de la sociología cubana

Mayra Espina Prieto

Socióloga. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, CIPS.

No espere nadie al acercarse a este texto encontrar un enjundioso panorama de la sociología cubana, condimentado con tipologías, clasificaciones, periodizaciones y taxonomías, tan del gusto sociológico, ni aderezado con conclusiones extraídas de una rigurosa prueba estadística de hipótesis.

Cuando acepté escribir este artículo lo hice aclarando que sólo podría ofrecer las angustias y desgarramientos que me han acompañado durante mis años como socióloga, los problemas que he tenido que sortear y las reflexiones dimanadas de una actitud crítica ante mi disciplina, pero, principalmente, ante mi propio quehacer.

De modo que nadie se ofenda por omisiones, valoraciones duras o superficiales. No escuchan la voz de alguien que dice: «He comprobado científicamente...», sino más bien: «He sentido durante todos estos años...» ¿Qué me autoriza a escribir semejante texto, tan inusual entre nosotros? El haber vivido desde dentro, y profundamente involucrada, el proceso de la producción sociológica cubana, como uno de sus propios actores, durante los últimos 15 años; y la ilusión de que socializar esta visión personal pueda

provocar el debate y estimular la polémica sobre cuestiones que, increíblemente, apenas discutimos, a pesar de ser esenciales para definir nuestro propio rol en la sociedad.

Entraré en el tema con la libertad y el desenfado de quien no está obligado a demostrar nada, ni a argumentar cada una de sus propuestas, y sólo busca compartir preocupaciones y sugerencias cuya validez está aún por comprobar.

Por padecer de un incontrolable «síndrome sociológico», he tratado de organizar mis caóticos pensamientos alrededor de cuatro interrogantes básicas que tienen la virtud de producir la ilusión de cierto orden en lo que van a leer:

1. ¿En qué contexto epistemológico se ha insertado la producción sociológica cubana en los últimos años?
2. ¿Puede hablarse de la existencia de una sociología cubana?
3. ¿Ella participa de la reconocida crisis de la sociología mundial?
4. ¿Qué escollos debe superar y cuáles son sus alternativas para consolidarse como disciplina científica en el país?

Por razones obvias, los análisis no se circunscriben al *hoy* estricto, como podría hacer creer el título. Ningún presente es inteligible sin el pasado del cual salió. Como narro mi propia experiencia, me veo limitada a poner sólo unas gotas de pasado. Una investigación rigurosa sobre el tema deberá rastrear los antecedentes en su justa medida.

El contexto epistemológico

El tono personal y casi confidencial de estas confesiones sociológicas no me dispensa de tratar temas tan peliagudos como los del objeto, estructura, funciones y cientificidad de la sociología; porque ellos resultan imprescindibles para hacerme entender, desde el propio planteo de las interrogantes anteriores hasta las respuestas que a ellas propongo. Y porque, colocados de manera explícita o latente, constituyen el telón de fondo, el escenario epistemológico donde ha tenido que desenvolverse la producción del conocimiento sociológico en el país.

Intentaré situar las coordenadas acerca de la herencia sociológica a que nos adscribimos, la cultura del pensamiento social en que nos reconocemos, o nos vimos inexorablemente inmersos, y cómo ello ha influido en nuestro quehacer.

Lo primero es lo primero. Comencemos examinando el objeto.

Para fundamentar la pertinencia de un objeto sociológico y la legitimidad de su presencia en el concierto de las ciencias, los estudiosos del tema se han nucleado alrededor de dos posiciones básicas. La primera trata de demostrar la presencia del análisis sociológico desde los albores del pensamiento científico, especialmente en la cultura greco-latina, y basa su legitimidad en una tradición histórica de problematización de lo social.

La segunda asocia el surgimiento de la sociología como disciplina independiente a las posibilidades de aparición del «modo de pensar sociológico». Me parece que por este «modo» entienden, más o menos, la interpretación del comportamiento humano en vínculo con su contexto institucional directo, la intención preconcebida de intervenir en la marcha de la sociedad, la distinción de un todo y de partes constitutivas interconexas del organismo social, el reconocimiento de la existencia de una instancia social propiamente dicha y de la necesidad de comprenderla, dada su enorme complejidad y su carácter multideterminado, integrando factores de la más variada naturaleza (históricos, económicos, culturales, psicológicos, etc.) en una síntesis creadora.¹

Nótese que a pesar de la variedad de escuelas, paradigmas y enfoques presentes en el pensamiento

sociológico, estos rasgos pueden ser apreciados en cualquiera de ellos.

Para que surgiera tal manera de pensar en lo social, tuvieron que conjugarse varias condiciones entre las que sobresalen la existencia autónoma de la sociedad en su realidad y como categoría del pensamiento; la especificidad y novedad de los problemas sociales que exigen una forma nueva para su interpretación -como por ejemplo, el dinamismo de la industrialización, la nitidez en la configuración de los actores sociales y de sus diferencias, la creciente posibilidad de intervención del hombre en el devenir social- o lo que algunos llaman «la sustantividad de la sociedad civil», la tangibilidad del cambio y el progreso social. En rigor, a esta lista habría que agregar la noción de la razón humana como comprensiva e innovadora, la concepción de la historia como proceso determinado por causas susceptibles de ser descubiertas por esa razón y el impetuoso avance de los métodos de investigación cuantitativa impulsados por los requerimientos de la medición y el control de los procesos económicos y políticos.

Estas condiciones fueron gestándose durante los siglos XVII y XVIII y maduraron hacia mediados del XIX. Para bien o para mal, la sociología es otra de las consecuencias del dinamismo y la solidez que el capitalismo imprimió al desarrollo social, con la secuela de sus contradicciones, y debe su legitimidad, entonces, no a razones de tradición histórica, sino a la emergencia de un objeto nuevo que nunca antes había estado presente, al menos con la fortaleza y transparencia con que se hizo sentir en esos tiempos.

Aunque Igor Kon no acepta que hubiera surgido un nuevo objeto, sino que aparecieron problemas en otras ciencias sociales que no podían ser resueltos con el arsenal de métodos en existencia, sí coincide al situar el período de surgimiento de lo que él bellamente llama «la visión sociológica del mundo o el estilo sociológico del pensamiento» y nos dice que ello presupone: la concepción de la sociedad como un todo único sistémico que funcione y se desarrolle según sus propias leyes; la orientación consciente hacia el análisis de las relaciones sociales existentes en la realidad, a diferencia de la construcción utópica de un régimen social ideal; el apoyo en los métodos empíricos de indagación, en oposición a las teorías filosóficas especulativas.²

Conuerdo casi absolutamente. Sólo que creo que la construcción utópica es también típica del «estilo sociológico de pensamiento».

¿A quién reconocer entonces como los fundadores? No sé ustedes, pero yo, que humildemente me cobijo bajo la segunda posición, doy sin temor ese título por igual a Saint-Simon, Montesquieu, Marx, Engels, Adam Smith, Tocqueville y Comte. Ellos, junto a Spencer, Durkheim, Weber, Mosca, Pareto y Tarde, constituyen

la propuesta primigenia clásica de la sociología. No digo que sean todos y sólo éstos, simplemente considero que esta lista incompleta contiene buena parte de lo esencial.

Aquí tomo partido por una variante que, aunque hoy es la más aceptada, no coincide con las posiciones que por mucho tiempo monopolizaron la cuestión.

Una de ellas identifica a Comte como el único fundador y a los sucesivos seguidores del positivismo y sus variantes como los genuinos depositarios de la sabiduría sociológica, beneméritos guardianes de la riqueza de lo empírico.

La otra, que nosotros aceptamos acríticamente, sin paramos a medir las consecuencias, otorga ese lugar preferencial a Marx, en exclusiva, argumentando que él sentó las bases de la única sociología científica posible. Así quedó levantado el muro.

Me detengo unos instantes en este quemante recodo del camino.

Ciertamente, la formulación por Marx del concepto *formación económico social*, como conjunto de determinadas relaciones de producción, y su interpretación de la historia como proceso histórico natural, constituyen las propuestas más sólidas para la configuración de la sociología como ciencia,³ porque permitieron distinguir una jerarquía en el tupido entramado social, separar causas y efectos y establecer tendencias en el movimiento de los fenómenos sociales.

Pero me parece un extremo exagerado desautorizar toda otra propuesta y desestimar el aporte hecho desde otras escuelas de pensamiento.

No se trata de ignorar el carácter clasista del conocimiento sociológico. Todo conocimiento científico lleva implícito como algo consustancial a su naturaleza una determinada posición de clase, si no por su contenido (puesto que los objetos no sociales no tienen «calidad clasista» por sí mismos) al menos por sus fines, por quiénes controlan los propósitos y extensión de su aplicación y por las posibilidades de acceso a sus beneficios para diferentes estratos sociales.

¿Qué decir de las ciencias sociales? Creo incluso, como posición epistemológica, que mucho más que una pretendida objetividad a ultranza, el sociólogo debe hacer explícita, para él y para los demás, su posición ideológica, el punto de mira desde el cual se sitúa al producir imágenes de lo social. Los desarrollos actuales de la sociología crítica y de alguna sociología cualitativa (precisamente de su línea más crítica) han aportado mucho a esta visión de la realidad.⁴

Pero este principio epistemológico que comparto no quiere decir descalificar *a priori* todas las propuestas que se hagan desde otras posiciones, ni autoriza a poner la etiqueta de «burguesa» a toda sociología diferente. Obliga, eso sí, a un riguroso examen de hipótesis y conceptos, de *dondequiera* que ellos provengan, a valorar qué nos dicen en contextos económicos y políticos diferentes, qué hechos sociales alumbran u oscurecen, qué potencia explicativa y

comunicativa tienen, qué línea de movimiento hacia el futuro permiten augurar.

Podría citarse un sinnúmero de ejemplos, lindantes con la caricatura, de los excesos ideológicos de la sociología marxista, o mejor decir de la sociología que se hizo en los países ex-socialistas (y que nosotros en mucho seguimos). Al menos, creo que estas actitudes extremas tuvieron como consecuencia el que nos abstuviéramos de usar un conjunto de conceptos provenientes del funcionalismo, del neopositivismo y de otras corrientes de pensamiento, sin detenemos a evaluar su utilidad para descubrir determinados procesos sociales y obstaculizaron el diálogo y la cooperación entre diferentes paradigmas.

Quizás entre los «baches» más notables se encuentra la ausencia de reflexiones serias alrededor de aspectos tales como *sociedad civil*, *relaciones de poder*, *integración y conflicto social* y *movimientos sociales* en sociedades socialistas.

Recuerdo como Mijail Rutkevich y Fidirich Rafoelovich Filippov se vieron obligados a hacer mala bares para estudiar la movilidad social, a la que denominaron «desplazamientos sociales», porque el primer término era un representante genuino de la sociología burguesa. El meollo del asunto residía en que los estudios de movilidad social, especialmente los realizados en los Estados Unidos, caracterizaban a la sociedad capitalista, norteamericana, como un sistema abierto, sin barreras interestratos y donde los movimientos ascendentes eran relativamente frecuentes. ¿No había movilidad social en las sociedades socialistas? ¿Llamar a esa dinámica «desplazamientos sociales» cambiaba sustancialmente el asunto? ¿Era realmente «ideológicamente nocivo» usar el concepto *movilidad social* para estudiar el dinamismo socioclasista en nuestras sociedades?⁵

Finalmente, la sociología soviética y la de otros países de la comunidad Europa del Este asumieron ambos términos como sinónimos y los propios Rutkevich y Filippov trabajaron utilizando el concepto de movilidad social.

El primer artículo publicado en Cuba sobre el tema, antes de exponer los resultados obtenidos en investigaciones concretas, argumentó largamente, con citas de Marx, Engels y Lenin, la pertinencia de estudiar la movilidad social en la transición socialista y de llamarla así, simplemente.⁶

Fidirich Rafaelovich, que llegó a ser un gran amigo nuestro, me confesó años después que estaba convencido de haber asumido una posición errónea en la comprensión del dinamismo socio estructural, pero sobre todo al enunciar la ausencia de corrientes de movilidad descendente en el socialismo. Estaré eternamente agradecida a su luminosa sinceridad del año 1986. Sirva esta anécdota de botón de muestra.

Desde mi punto de vista, el monopolio en las relaciones académicas internacionales y el exclusivismo paradigmático

que practicamos (estoy hablando de finales de los 70 y los 80), nos privó a los sociólogos cubanos (ya sé que no a todos) de compartir el acervo y las búsquedas del pensamiento latinoamericano, o al menos de comprenderlo y evaluarlo en sus cercanías o diferencias con nuestra realidad y nuestra historia y nutrirnos de su exquisita (a mí me parece exquisita) sensibilidad y originalidad, brecha que afortunadamente hoy tratamos de cubrir a toda vela.

En honor a la verdad, en nuestro país la vertiente de la sociología política aplicada al análisis de la región no sufrió este mal y esa ha sido una de sus ventajas comparativas (y competitivas) en relación con el resto de las sociologías.

Hoy día es más sensato reconocer el carácter pluriparadigmático de la sociología y la necesidad de identificar los puntos de contacto y confluencia de los diferentes paradigmas. La heterogeneidad socioclasista y socioestructural en general de la sociedad y la prevalencia de las contradicciones clasistas justifica este carácter.

Esta digresión sobre orígenes y paradigmas que puede parecer, e incluso ser, innecesaria, quizás se justifique ante el juicio de los lectores cuando les recuerde que la cuestión del objeto fue terreno fértil para la separación de las sociologías.

Los manuales de la disciplina producidos en los países socialistas europeos dejaban bien claro que se trataba del objeto de la sociología marxista-leninista, que era la única verdaderamente científica, y que no podía haber un objeto común, un campo compartido para ese «modo de pensar sociológico» fraguado en el siglo XIX.

Sin embargo, si rastreamos un poco las definiciones de objeto propuestas desde distintas ópticas, podemos comprobar que las similitudes son más que las diferencias, que sí existe esa materia común, aunque cada enfoque enfatice un aspecto en especial o introduzca en la definición conceptos propios de su visión de la realidad social.

La mayoría de las definiciones de objeto contienen, directa o indirectamente, como elementos básicos, lo que Mills enuncia como «los problemas del orden y del cambio, es decir, de la estructura social y de la historia».⁷

En síntesis, puede extraerse de esas propuestas (y aquí deslizo mi propio punto de vista sobre el particular) que la sociología tiene como objeto el estudio del desenvolvimiento de la sociedad, entendida como organismo social complejo, estructurado y sistémico; de las leyes del surgimiento, funcionamiento y cambio de sus tipos históricamente determinados; de las formas concretas de manifestarse esas leyes en el comportamiento de los individuos y grupos sociales y en diferentes esferas de la realidad social; de las alternativas de futuro y de los métodos de comprensión de los procesos sociales.

Lo peculiar del enfoque sociológico en relación con otras ciencias que poseen el mismo objeto general (la sociedad) y objetos específicos cercanos, como la psicología, la economía, la demografía, las ciencias jurídicas,

la etnología, etc., estriba en su intención de examinar la sociedad en su integralidad, como síntesis de la interacción de los más disímiles fenómenos particulares, y de jerarquizar, en condiciones históricas concretas, el conjunto de circunstancias y el tipo de sus nexos combinados que ejercen la influencia determinante en el comportamiento de diferentes procesos.

Integración multicausal, combinación de efectos, descubrimiento de vínculos sistémicos entre fragmentos y niveles de la realidad social y de los fragmentos con el todo, entrelazamiento y condicionamiento recíproco: he ahí lo distintivo de la monumental y sinfónica sociología. Que lo haya logrado o no es harina de otro costal y cuánto nos hemos acercado nosotros a ese propósito es otro punto a dilucidar.

Las funciones que dimanaban de este objeto también evidencian las peculiaridades del conocimiento sociológico.

Los textos de sociología marxista leninista sitúan cuatro funciones principales de esta disciplina: teórica, ideológica, crítica e instrumental.⁸

Sólo unos comentarios: la hipertrofia de la función ideológica (que en rigor sólo significa que el punto de partida y el propósito fundamental de esta concepción sociológica es la transformación de la sociedad atendiendo en primer lugar a los intereses de la clase obrera y las masas trabajadoras) es una de las fuentes básicas de descalificación de las aportaciones de otras escuelas de pensamiento y de un reduccionismo en la identificación de los actores sociales y sujetos históricos no clasistas.

Por su parte, la función crítica tuvo muy poco espacio para su ejercicio «hacia adentro» y enfiló sus cañones hacia la sociedad capitalista y hacia otras escuelas de pensamiento, con lo cual prestó un flaco servicio al nacimiento de una sociedad verdaderamente nueva y diferente. Algunos textos ni siquiera mencionan esta función, mientras que enfatizan la confrontación con la sociología burguesa.⁹

Pero la gran ausente es la referencia a la auto crítica de la disciplina, a la necesaria reflexión sistemática sobre el por qué, para qué y cómo se conoce lo social.

Propongo examinar esta otra forma de enunciar las funciones que me parece un poco más explicativa. Identifico las seis funciones siguientes:

1. Elaboración de modelos conceptuales que desempeñan la función de paradigmas interpretativos y que ofrecen un conjunto de hipótesis más o menos compartidas por la comunidad científica o por grupos dentro de ella.
2. Construcción de imágenes teóricas de lo social en general y/o de algunas de sus partes constitutivas, fundamentadas en la captación, articulación y generalización de evidencias empíricas.
3. Evaluación y crítica de las tendencias reales del movimiento social, identificación de las alternativas de

futuro que ellas contienen y construcción de una utopía de progreso, sistemáticamente renovada.

4. Configuración de perspectivas metodológicas para la identificación de las evidencias empíricas y para su interrelación e interpretación, en virtud de los fundamentos teóricos.

5. Producción de propuestas de intervención en el cambio social, con suficiente capacidad de transformación de la realidad atendiendo a fines que dimanen de la utopía.

6. Evaluación y crítica de su propia eficiencia cognoscitiva y transformadora.

Por supuesto que todas estas funciones están íntimamente conectadas, representan espacios inseparables del conocimiento sociológico, pero a la vez se reproducen con cierta autonomía y en la práctica tradicional han representado incluso especialidades concretas dentro de la profesión.

El objeto y las funciones nos llevan de la mano a la estructura, y aquí no queda más remedio que volver a mencionar el diferendo que nos envuelve.

La sociología marxista apeló a una estructura piramidal de esta ciencia, cuya cúspide corresponde al materialismo histórico, como teoría sociológica general, la porción central a las teorías sociológicas especiales, y la amplia base a las investigaciones sociológicas concretas o empíricas. Estos tres niveles expresan un orden, donde la máxima jerarquía corresponde a la teoría general, y están íntimamente conectados entre sí. No se conciben separados unos de otros, pero tienen cierta autonomía.

Llamo la atención sobre lo que eso significa: el nivel más alto de generalización es filosofía social; la sociología no existe como ciencia independiente (en realidad no existiría un «estilo sociológico de pensamiento» para lo más general); el centro es una especie de teoría «trunca» o «inconclusa» sobre esferas particulares; la empiria tiene valor independiente.

Por su parte, desde la otra orilla ha prevalecido también la aceptación de tres niveles: teoría general, teorías de rango medio, investigaciones empíricas. En esencia, esta es la idea de Merton del procedimiento de movimiento por etapas de generalización.¹⁰ Esta propuesta del funcionalismo nace del esfuerzo por oponerse al desenfrenado empirismo que aceleradamente se extendía en los Estados Unidos, especialmente durante los años 50, pero tiene como talón de Aquiles la no existencia de una verdadera teoría general única coherente, que justificara un escalón intermedio como conexión con lo empírico, y que en realidad ha funcionado como fundamento y justificación de la fragmentación sistemática del conocimiento sociológico.

Aunque la propuesta marxista trató de desmarcarse de las sociologías intermedias, y la presencia del materialismo histórico le aseguraba una verdadera calidad de niveles de generalización a su estructura, en la práctica

el paso de un nivel a otro resultaba un salto demasiado brusco, especialmente del centro a la cúspide, lo que también dio como resultado la fragmentación y desconexión entre las teorías sociológicas especiales y la teoría general.

Por un lado, la gran complejidad de aprehender lo social en su integralidad; por otro, la identificación de la legitimidad científica con un modelo cercano al de las ciencias naturales, que coloca en su centro el objetivismo, el empirismo, la medición cuantitativa, la experimentación y la posibilidad de amplio dominio técnico de los procesos, son elementos que han estado en la base de la sistemática fragmentación sufrida por la sociología.

En esta lógica de obtención del conocimiento científico social, mientras más focalizado, particularizado, independizado y delimitado esté el objeto de estudio, mayores son las posibilidades para la identificación de su estructura, direcciones de sus movimientos y cuantificación de sus proporciones.

Encontramos aquí la fuente de la aparición indiscriminada de teorías sociológicas intermedias o especiales que, si bien han hecho innegablemente una significativa contribución al conocimiento de áreas particulares de la realidad social (y esto forma parte esencial del «estilo de pensamiento sociológico»), han llevado como lastre una especialización en campos que descuida la comprensión de los nexos entre lo general y lo particular, entre el todo y las partes y entre las propias partes, lo que ha obstaculizado considerablemente el desarrollo de la teoría sociológica y su finalidad primigenia de síntesis e integración.

Estudios recientes señalan que es posible encontrar hoy día entre 35 y 40 sociologías sectoriales que abarcan los más disímiles campos, y es la sociología norteamericana uno de los más notables exponentes de esta especialización.¹¹

Por su parte, Assman y Stolberg nos hablan de 15 especialidades o disciplinas sociológicas como las más desarrolladas en los países socialistas (sociología médica, del trabajo, industrial, agraria, de la empresa, de la comunidad, de la cultura, del tiempo libre, de la familia, de la juventud, de la defensa, criminal y de la lingüística).¹²

Me atrevo a aventurar una visión muy personal del asunto a la que vengo dando vueltas desde hace tiempo. Me parece más adecuado imaginar la estructura del conocimiento sociológico en otros tres eslabones: teoría sociológica, metodología y sociología aplicada.

Esto quiere decir que la filosofía es definitivamente filosofía; y que, aunque obviamente sus fronteras con la sociología no son rígidas ni estáticas y tienen gran afinidad, no se disuelven en ningún nivel de generalidad.

No se trata de separar radicalmente sociología y filosofía. Toda sociología contiene una opción filosófica, conscientemente asumida o no. Esta alternativa implica

aceptar que ese estilo sociológico de ver la realidad incluye un modo de hacer teoría que le es propio, un peldaño de generalización consustancial, que se relaciona con la filosofía de manera similar a como lo hacen otras ciencias sociales particulares.

Las teorías sociológicas especiales no son intermedias, sino que se refieren a esferas particulares de eso que se llama teoría sociológica. Y esta teoría general, ¿qué es? Pues es el conjunto de las teorías especiales y las categorías, leyes, regularidades y modelos de análisis de lo social en su integralidad.

El ámbito metodológico resuelve la cuestión de cómo conocer la realidad social, cómo captar las evidencias y relacionarlas, mientras que el terreno de lo aplicado se refiere a la intervención en el cambio social, a la corrección de tendencias atendiendo a un modelo normativo o propósito preconcebido.

Esta estructura implica que teoría y empiria son inseparables en los tres niveles, aunque los extremos subrayen una de ellas y la metodología represente el máximo equilibrio en su relación.

En la literatura sociológica soviética y alemana de la segunda mitad de la década de 1950, y toda la de 1960, se encuentran los testimonios de una larga, aunque no muy encarnizada, polémica acerca del objeto y la estructura de la sociología marxista-leninista. Zdravomislav, a cuyo libro de metodología llamábamos «la biblia» los graduados del 78, nos ofrece una relación de los autores y textos más representativos que ilustran esta discusión y nos explica que el centro de la polémica radica en la relación entre el conocimiento filosófico y el sociológico: una posición incluye todo el conocimiento sociológico en la filosofía; la otra considera al materialismo histórico sólo como teoría sociológica general y reconoce otros ámbitos específicos, no filosóficos, para la disciplina.¹³

Aunque, como antes señalé, la segunda posición llegó a ser la más extendida y aceptada, hago referencia a esta discusión para señalar que al menos alguna vez hubo cierto forcejeo, cierta lucha de ideas, en este terreno en otros países. Mientras que nosotros aceptamos o no la estructura de los tres niveles y el cordón umbilical del materialismo histórico, sin dejar huellas claras de nuestros argumentos.

Rastreando viejos programas de eventos y congresos y nuestras revistas de ciencias sociales, encuentro muy pocos trabajos en esta cuerda y ninguno de ellos intenta polemizar.¹⁴

Creo que pensamos poco en el asunto y nos refugiamos en el pretexto de dominar esferas particulares de la realidad social con la pericia de expertos, tarea para la cual aparentemente no tienen gran relevancia los problemas del contenido general de la ciencia.

Tener un objeto, estructura y funciones definidas no basta para ser ciencia. Estos atributos se completan con el método.

El método debe asegurar la obtención de un conocimiento verdaderamente científico, debe ser adecuado al objeto de estudio y a los subobjetos determinados y, por lo tanto, es también un distintivo de cada disciplina, pues aunque existen métodos comunes a disciplinas afines, ellos se insertan dentro de la lógica específica de cada una de ellas.

La sociología ha depositado buena parte de su legitimidad científica en la eficacia metodológica.

Claro que los métodos no están desvinculados de la opción teórica asumida y del contexto cultural en que fueron diseñados, pero en esto ocurrió una cosa muy curiosa.

Sabido es que desde sus albores la sociología se ha visto marcada por las tensiones entre dos perspectivas metodológicas que, durante mucho tiempo, se identificaron como contrapuestas, la cuantitativa y la cualitativa. Esto tiene su fundamento en un problema de base filosófica acerca del carácter de las ciencias sociales: su objeto, ¿se acerca más a los objetos naturales o a los culturales?

El modelo de ciencia dura, y con éste el cuantitativismo, monopolizó la práctica sociológica durante muchos años. Su dominio se extiende hasta hoy, aunque debilitado por el renacimiento (hacia los años 60) del punto de vista humanista y el progresivo avance de los métodos cualitativos.

Cada una de estas direcciones metodológicas ha elaborado un variado conjunto de críticas mutuas. Al punto de partida cuantitativo se le acusa de reduccionista, búsqueda de uniformidades y medidas estándares que no existen en la realidad, empirista, desconocedor del sujeto en su verdadera naturaleza transformadora y de falsa neutralidad valorativa, entre otras lindezas. Al cualitativismo, sus opositores lo caracterizan como una hipertrofia del papel de lo subjetivo y lo simbólico, desconectados de los contextos macrosociales, de excesiva individualización de los actores sociales y de sobredimensionamiento de las diferencias.

¿Dónde está la verdad? ¿Son realmente opuestas estas ópticas metodológicas? Actualmente muchos especialistas consideran que esta oposición es irreal, que ambas perspectivas son complementarias, pues se refieren a dos elementos indisolublemente unidos de la realidad social y que, en dependencia del contenido esencial del problema particular de estudio del que se trate, se enfatizará en uno u otro enfoque o se requerirá un balance equilibrado de ambos.¹⁵

La sociología marxista estaba teóricamente preparada para sintetizar creadoramente las dos perspectivas y tal síntesis debería reflejarse en la elaboración de nuevos métodos que captaran con mayor nitidez las caras de lo social.

Pero en la práctica no ocurrió así. Al menos en la sociología producida en los países ex-socialistas

predominó el enfoque metodológico cuantitativo, y los métodos y técnicas utilizados en la recogida y procesamiento de los datos no se diferenciaron en mucho de las elaboraciones de la llamada «sociología burguesa».

Más que captar la dialéctica de las contradicciones sociales, se mantuvieron en la mesa servida por el empirismo y el funcionalismo: elementos aislados, relaciones simples, separación de las partes y el todo, débil visión de las contradicciones.

Reproduzco, por ilustrativa, esta cita de un libro de Shubkin, publicado en nuestro país:

[...] su verdadero éxito [el de la sociología] depende en gran medida de los métodos que aplique, y sobre todo, de la utilización de la estadística, la matemática y las computadoras electrónicas. [...] características tan sutiles como las opiniones de unas personas sobre otras, o el nivel de las cualidades intelectuales, morales, eficientes o valorativas, pueden en realidad ser expresados cuantitativamente, [...] no sólo los hechos objetivos, sino también los subjetivos pueden ser cuantificados, lo cual permite utilizar métodos estadísticos y matemáticos para su análisis. [...] [el] proceso natural de profundización de los conocimientos en todas las ramas de la ciencia eleva a un primer plano, dentro de la sociología, el problema de la cuantificación, o sea, de la medición cuantitativa de los rasgos cualitativos.¹⁶

La cuestión del estudio de los rasgos subjetivos de lo social y el entrelazamiento objetivo-subjetivo quedó así planteada como problema de cuantificación y no como búsqueda de métodos y líneas interpretativas adecuadas a la naturaleza de estos rasgos.

Es palpable que en el terreno de los métodos y técnicas de recogida e interrelaciones de las evidencias empíricas, la sociología marxista no logró una propuesta diferente, coherente con sus fortalezas teóricas, que pudiera captar la interconectada multiplicidad de lo social y la dialéctica de sus contradicciones.

Si comparamos textos de metodología de la investigación escritos en países capitalistas y socialistas como los de Zdravomislav,¹⁷ Jetzschmann y Berger,¹⁸ Assman y Stolberg,¹⁹ Friedrich,²⁰ Seltiz y otros,²¹ encontraremos una diferencia sustantiva en lo tocante al papel de la teoría en la investigación y en la generalización de las conclusiones: los primeros apenas abordan el problema, los segundos declaran que ello tiene la máxima jerarquía. Creo que en esto reside uno de nuestros mejores legados.

Sin embargo, esta magnífica declaración no logra hacerse sentir en el plano técnico, terreno en el que, finalmente, ambos puntos de partida convergen apostando a la cuantificación y matematización como única vía de desarrollo de la ciencia sociológica.

No estoy en desacuerdo con que ésta es una de las líneas posibles y necesarias para el avance, pero lo que ocurrió en la práctica fue que, en el fondo, incluso la sociología marxista recorrió ese sendero cabalgando montada en el concepto de función, fácil de

operacionalizar, dúctil y tangible y a la vez parcial (sólo nos muestra una arista de la realidad: el papel de los organismos sociales y el entrelazamiento de sus componentes para cumplirlo) y muy limitado para desentrañar causas y contradicciones, mucho más cercano al ideal de control y mantenimiento de los sistemas sociales (tan caro al capitalismo) que al de cambio progresivo sistemático, el cual debía haber inspirado al socialismo.

Aquí sólo quiero dejar apuntado un problema que marca toda la historia de la sociología, que no ha sido suficientemente estudiado y que a mí me parece esencial: la relación sociología-poder. Les llamo la atención sobre el hecho de que la definición de la función de los sistemas sociales y la identificación de procesos funcionales y disfuncionales parte de un modelo normativo para circunstancias históricas concretas, modelo que por lo general se establece a partir del proyecto del poder. Además, este enfoque metodológico limita la comprensión de los nexos en los procesos macrosociales y las historias personales y del rol de la subjetividad en la configuración de lo social.

Si tuviera que resumir muy concentradamente los rasgos del contexto epistemológico en el cual se injertó la producción sociológica cubana de los años 80, no dejaría de apuntar entre sus características fundamentales las siguientes:

- Asociación a una matriz teórica (el marxismo) que permite establecer jerarquías de estructuras y de causalidad, distinguir las conexiones entre lo lógico y lo histórico en el devenir social y descubrir la dialéctica de los conflictos y el cambio.
- Carácter subordinado de la sociología a la filosofía e identificación del materialismo histórico como nivel teórico sociológico general, con lo cual la disciplina carece de un ámbito de teorización autónoma y se concentra en el examen de parcelas particulares de la sociedad, desgajadas de la integralidad social, y en el manejo empírico de los fenómenos.
- Exclusivismo conceptual y descalificación ideológica de los aportes provenientes de otras escuelas de pensamiento.
- Predominio casi absoluto de la perspectiva metodológica cuantitativa y de la matematización como modelo de la validez científica.
- Bajo despliegue de la capacidad crítica y transformativa de la realidad.

Estos rasgos nos nutrieron y creo que a ellos están asociadas, en buena medida, las luces y las sombras de las propuestas sociológicas cubanas de los últimos 10 o 15 años.

La producción sociológica actual en Cuba.

Temas y perspectivas

Para responder a la cuestión de si existe o no algo que pudiéramos llamar «sociología cubana» debo explicar qué entiendo por tal.

Desde mi apreciación, esto es la presencia de un análisis sociológico sistemático que, teniendo a la sociedad cubana y sus elementos constitutivos como objeto central, pueda definir y atender problemas reales, legítimos y propios del desarrollo de esa sociedad, construya imágenes teóricas originales sobre ella y una utopía, y tenga capacidad de diseñar acciones prácticas para conducir el cambio social hacia metas deseadas predefinidas.

Permítanme unas observaciones aclaratorias. Por utopía entiendo aquí, un conjunto de alternativas de progreso futuro hacia las cuales la nación debe orientarse para, colocando en primer plano los intereses de las mayorías trabajadoras, hacerse viable como tal y conservarse como cultura soberana y proyecto de justicia social, en concordancia con sus recursos, su entorno, su historia y sus tradiciones, y atendiendo a los obstáculos y oportunidades que dimanen del contexto regional y mundial en que ella se inserta.

En cuanto a la capacidad de intervención en el cambio, no quiero decir que la sociología, para ser tal, tenga que participar efectivamente en la actividad transformadora, pues esto no depende solamente de factores internos a la disciplina, sino que elementos externos ejercen una influencia decisiva. De lo que se trata es de que la sociología debe, por su propia esencia, llegar, al menos, a mostrar que puede definir líneas de cambio, trazar metas y vías para alcanzarlas. Pero, obviamente, ella no debe pretender erigirse en fórmula única para encontrar caminos y medios para transitarlos: es una fuente de conocimiento, que acompaña y dialoga con los más disímiles actores del cambio social.

Estas ideas se complementan con la de institucionalización. La presencia de una sociología nacional se asocia a la fuerza y extensión de su organización institucional. Ella puede ilustrarse con indicadores como reconocimiento formal de la profesión, espacios para su formación de pregrado y posgrado en la educación superior, publicaciones y eventos propios, participación de los sociólogos en comisiones de expertos para el trazado de políticas en organismos gubernamentales, intervención en eventos internacionales, relaciones con la comunidad científica internacional, existencia de asociaciones profesionales nacionales y de instituciones especializadas en la realización de investigaciones sociológicas y/o de servicios de sociología aplicada.

Como antes aclaré, lamentablemente no puedo describir el desenvolvimiento del pensamiento sociológico en el país atendiendo a todo este conjunto de indicadores que propongo. Ellos quedan como sugerencia para una

investigación futura y como guía para vertebrar mis apreciaciones personales.

Auxiliándome de los datos oficiales²² y de mi propio conocimiento del medio, calculo que existen en el país alrededor de 80 centros vinculados a las investigaciones de ciencias sociales y, de ellos, cerca de 43 incluyen perfiles sociológicos.

Para establecer esta clasificación me apoyo en la definición de la sociología, sus funciones y estructura que adelanté en el epígrafe anterior. Pero no debe escapar a nuestra reflexión que, precisamente por su carácter abarcador, sintético e integrador, es difícil encasillada en límites rígidos y separada nítidamente de otras disciplinas afines.

Como creo, además, que la misma práctica sociológica incluye la apropiación de conclusiones provenientes de otras áreas investigativas y la realización de estudios interdisciplinarios, no estoy demasiado preocupada por las fronteras. Hago mi lista de instituciones, temas y resultados «sociológicos», atendiendo a su cercanía con mi visión del contenido esencial de esta ciencia.

Esta red de instituciones, si bien se concentra mayoritariamente en Ciudad de La Habana, se extiende por todos los territorios del país e incluye institutos, centros, departamentos y grupos adscriptos a organismos centrales del Estado (Ministerio del Trabajo, el antiguo Comité Estatal de Estadísticas, Ministerio de Turismo, Academia de Ciencias, hoy convertida en el Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente, Ministerio de Salud Pública, Ministerio de Educación, entre otros) o de la docencia universitaria. En este último caso, buena parte de los departamentos de marxismo, creados en todos los centros de enseñanza superior y diseminados por todo el país, han estado estrechamente vinculados a estudios con propósitos sociológicos.

La red de instituciones se inserta además en un plan de ciencia y técnica nacional, donde las investigaciones sociológicas tienen un espacio y un reconocimiento oficial.

En cuanto a la formación de sociólogos, honduras en las que decididamente rehúso hurgar, porque merecerían todo un capítulo de un libro, sólo quiero decir que, luego de muchos avatares, ahora en el país existen dos universidades donde se imparte la Licenciatura en Sociología (La Habana y Oriente). La docencia de posgrado es aún exigua: aislados, insuficientes y poco actualizados cursos de metodología y poquísimos en materia de teorías sociológicas especiales. Los doctores en sociología no rebasan la cifra de cinco o seis. Algunos sociólogos han alcanzado este grado en ciencias colindantes (historia, economía, psicología), supongo que por sentirse más cercanos al método y al enfoque conceptual de éstas que a las exigencias del doctorado en filosofía que hasta hace poco nos veíamos obligados a hacer. Los estudios posdoctorales son aún inexistentes en nuestro medio.

Quiero hacer notar una evidente relación entre el contexto epistemológico dominante y el tema de la formación. En el año 1980, después de la reestructuración de la Universidad de La Habana y de la creación de la Facultad de Filosofía e Historia, se graduaron los últimos licenciados en sociología. A partir de ese momento, y hasta 1991, dejó de existir esa carrera y quedó subsumida como especialización de la Licenciatura en Filosofía Marxista-Leninista. Igual suerte corrieron los doctorados.

Aunque no he podido encontrar los datos precisos, es conocido que los graduados en filosofía y comunismo científico, tanto en universidades cubanas como en las de la ex-comunidad socialista (especialmente la URSS) sobrepasan, por amplísimo margen, a los que poseen formación sociológica.

Me parece apreciar aquí un importante rasgo de la institucionalización de las investigaciones sociológicas en el país. Es el hecho de que, ante una realidad con problemas concretos que demandaban ser estudiados sociológicamente, especialistas de otras disciplinas, filósofos por excelencia, se vieron compelidos a abordar (me gustaría decir invadir) este campo, imprimiéndole el sello conceptual y metodológico de las generalizaciones filosóficas a muchas investigaciones. Agréguese a ello que la formación en otros países y las estrechísimas (y casi únicas) relaciones con la comunidad académica socialista «europeizó» (hacia el Este) la distinción de problemas y su interpretación.

Percibo claras huellas de estas circunstancias en la abundancia de temas orientados a encontrar regularidades generales de la transición socialista cubana y la escasez de los que buscaban nuestras peculiaridades y nuestras conexiones con el mundo caribeño, latinoamericano y tercermundista. Esta «sociología de las regularidades» (soviéticas para más señas) que practicamos y padecemos hasta casi ahora mismo, buscaba en la sociedad real, a toda costa, las evidencias de que el modelo ideal trazado por el discurso político se materializaba, y se desentendía de sacar a la luz los problemas más profundos y las tendencias contradictorias.

Paradójicamente, ésta es también una de las fuentes de entrada en el país (aunque no la única) del empirismo en la sociología. La ausencia de una adecuada preparación metodológica por una parte, y el papel determinante de la filosofía en la selección de los problemas y del aparato conceptual por otro, impidieron distinguir los niveles de mediatización entre lo general, lo particular y lo específico de los sistemas sociales e hicieron concebir la sociología como el elemento técnico para la recogida, organización y generalización primaria de los datos.

Seguramente debo decir que esto-no es absoluto. Por fortuna fue gestándose también, tímidamente y mezclada

con el «regularismo», una sociología problematizadora y crítica que, a mi juicio, es un buen antecedente para lo que hoy tenemos que hacer.

En términos de eventos científicos, en los últimos tiempos se ha ganado un mayor espacio y sistematicidad, y, lo que es mejor, se ha, ido pasando de un ritual expositivo parsimonioso y plano, a un tono de mayor debate y polémica y a un clima un poco más abierto a la crítica y al intercambio entre especialistas de diferentes instituciones.

Merece una mención especial el XVIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología celebrado en La Habana en 1991. Este Congreso, viejo anhelo de sucesivas generaciones de sociólogos, estimuló el estudio previo del pensamiento latinoamericano, como preparación para el diálogo con nuestros visitantes, y exigió dar lustre a nuestros mejores resultados. Fue un intento por no quedar a la zaga de una producción en la que, junto a una sociología que ha copiado fielmente modos y matices de la sociología norteamericana, ha existido un pensamiento original, humanista y renovador. Fue un ejercicio formidable para juzgar nuestra propia creación a la luz de otras maneras de hacer y un entrenamiento para próximos cometidos, pues junto a la quiebra de nuestras relaciones académicas internacionales tradicionales y de la ortodoxia marxista manualista, por un lado, y a las complejas búsquedas e interrogantes que enfrenta la sociedad cubana, por otro, ha crecido nuestro interés por la producción científica foránea y desde el exterior hacia nosotros, lo que ha ampliado las posibilidades de participación en eventos internacionales, por el apoyo financiero de instituciones nacionales o extranjeras.

No digo que aquí todo esté bien. Faltan aún ámbitos para la discusión incisiva y la colaboración. Es insuficiente el enfoque problematizador y polémico de las intervenciones en los eventos.

El tópico de las publicaciones se me presenta como especialmente funesto. En cuanto a las publicaciones periódicas, teóricamente tenemos un espacio (compartido, porque no existe en el país una revista solo para la sociología), para colocar la producción sociológica. Pero si revisamos la colección de materiales como la *Revista de Ciencias Sociales, Universidad de La Habana, Islas y Cuba Socialista*, entre otros, encontraremos muy pocos artículos sociológicos y casi ninguna reseña de libros y eventos de esta materia. Tampoco contienen usualmente polémicas que tengan una continuidad en el tiempo y muestren las diferentes posiciones existentes en torno a determinada cuestión.

Los libros nuestros casi siempre se publican con retraso, cuando los procesos que analizan se han puesto un poco viejos. Algunos parecen más bien libros de historia contada en presente que de sociología.

Al margen de escaseces, lentitudes burocráticas y censuras, considero que la causa fundamental de esta carencia editorial está en nosotros mismos, en nuestra poca agresividad para elaborar y colocar textos que recojan de forma clara y amena los resultados de los estudios, libres de los tecnicismos y continuas referencias a los datos primarios y sus distribuciones estadísticas de que están llenos los informes de investigación, y que sitúen hipótesis, conceptos y perspectivas metodológicas que trasciendan las estrechas fronteras del análisis del fenómeno particular.

Si tomamos el conjunto de programas y problemas de investigación incluidos en los planes periódicos de ciencia y técnica de la rama de ciencias sociales del país durante los últimos diez años, las ponencias presentadas por investigadores cubanos en importantes eventos nacionales e internacionales²³ y los artículos publicados en las diferentes revistas científicas antes mencionadas, podríamos obtener un cuadro aproximado de las temáticas preferentemente abordadas por el análisis sociológico en Cuba en tiempos recientes: política científica y tecnológica como factor de desarrollo económico y social; integración social de la mujer y funciones familiares; eficiencia del sistema educacional y características sociopsicológicas de los estudiantes; juventud y relaciones intergeneracionales; componentes socioclasistas de la sociedad cubana; componentes fundamentales y bases estructurales de la movilidad y tendencias reproductivas; relaciones de trabajo, recursos humanos y dirección; características del consumo y la demanda interna; política social; factores sociales asociados a la salud; trabajo cultural comunitario; religiosidad en la sociedad cubana; transformación agropecuaria y estructura social rural; América Latina, crisis económica y transición democrática; sistema político y participación popular a nivel laboral y comunitario.

Esta lista recoge un grupo fundamental de las constantes del pensamiento sociológico cubano de los años 80, en su mayoría presentes en las investigaciones actuales.

Aprecio que en tiempos recientes se han agregado a estas temáticas «clásicas» problemas tales como alternativas y escenarios socioeconómicos para Cuba en los 90; desarrollo del turismo internacional y valoración de sus efectos sociales; cultura política y sociedad civil; relaciones intelectualidad-proyecto socialista; cultura, sociedad e identidad nacional; impactos sociales de las nuevas tecnologías; SIDA y juventud.

¿Qué podemos inferir de este cuadro? Pues que la reflexión sociológica en Cuba ha recorrido una amplia gama de temas y problemas y ha tocado fragmentos muy sensibles y esenciales de la vida social del país. También nos dice que ha habido ausencias imponderables, entre las que situaría las investigaciones

sobre teoría y epistemología y una visión crítica de la propia producción sociológica en el país;²⁴ las razas y las fuentes de los prejuicios raciales, los nexos raza-desigualdad social; la informalización y estructura social sumergida; la integración y conflictividad social; las alternativas del progreso social para países subdesarrollados; el acceso real al poder para diferentes actores sociales, por solo citar unos pocos que a mi me parecen esenciales.

Desde mi punto de vista los mayores aciertos se sitúan en el intento por romper las fuertes ataduras iniciales a la sociología marxista europea como fuente de identificación de los problemas a estudiar, en la orientación hacia la intervención en la práctica social, en la extensa gama de temáticas abordadas y resultados producidos.

Intentando una valoración de las debilidades más frecuentes de esta producción, diría que, además de los problemas dimanados del contexto epistemológico hegemónico (o más bien asociados a ellos), habría que señalar la debilidad de la función crítica; la poca intervención en el diseño de una utopía nacional propia; la escasa consideración del escenario exterior y de las imbricaciones de lo económico y lo social; el débil manejo de hipótesis teóricas e integradoras; la fragmentación e insuficiente análisis de las relaciones sistémicas todo-parte; la tendencia al empirismo y sobredimensionamiento implícito de la arista funcional de los procesos sociales; el insuficiente dominio del método y las técnicas; la «encuestonomía» y tratamiento cuantitativista a fenómenos de orden preferentemente cualitativo, y los pobres vínculos interdisciplinarios.

Atendiendo a que estos problemas no se expresaron con igual intensidad en todas las áreas y a la calidad de algunos resultados obtenidos, considero que puede hablarse de serios adelantos en el campo de las sociologías especiales, en cuanto a sociología rural, del trabajo, la juventud, la religión, la familia, política y de la estructura social. El punto débil, que impide que cuajen completamente como tales sociologías, está en el terreno de la teorización y la medición de los vínculos entre el fragmento y la totalidad social que lo contiene.

El balance entre aportes y limitaciones del análisis sociológico en Cuba en los años recientes y su evaluación desde la óptica de las funciones de esta ciencia, me hace aventurar la conclusión preliminar de que sólo podemos identificar un proceso bastante avanzado de gestación de una sociología nacional que no ha llegado aún a consolidarse como tal.

La crisis en la sociedad

Me falta tocar el tema de la crisis, lo que en cierto modo me veo obligada a hacer dado el peso que tal

tema alcanza en los debates actuales de la comunidad sociológica internacional y que aparece también en nuestros predios, aunque todavía tímidamente.

En relación con la noción de crisis de la sociología, habría que decir que esta ciencia ha tenido que enfrentarse sistemáticamente al problema de legitimar su razón de ser como disciplina autónoma, demostrando que tiene un objeto propio, que puede ser distinguido entre un conjunto de objetos afines o cercanos, y que puede producir un conocimiento genuinamente científico.

Una y otra vez afloran estos problemas. Los sociólogos que estamos fuera de la olla infernal de esta sabrosa polémica la encontramos aburrida, insípida e inútil y clamamos porque los «grandes cabezones» se pongan de acuerdo de una vez por todas sobre qué es la sociología y nos dejen trabajar en paz en nuestras pequeñas parcelas paradisíacas, lejos de ese rollo perturbador que nos hace aparecer ante los ojos de los demás siempre en crisis y, por tanto, técnicamente desautorizados y poco confiables como especialistas de lo social.

En Cuba, la inmensa mayoría de la minoría sociológica nos la hemos pasado muy bien durante largos años (demasiado largos), protegidos bajo la urna de cristal del paradigma marxista, donde todo lo general estaba dicho ya y no teníamos que preocuparnos por discusiones banales.

¡Ingenuas ilusiones! Mirando en ese río revuelto que es la historia de la sociología he sacado algo en claro: el problema del objeto, los límites, etc., necesariamente debe ser planteado una y otra vez por la propia sociología, como condición de su propio desarrollo y de su adecuación a los cambios del organismo social. No tiene solución definitiva ni respuesta acabada. No es una expresión de crisis perpetua, sino de reiterada renovación, que atiende al cambiante movimiento de su objeto y a la necesidad de perfeccionar los métodos con que lo abarca.

Aún más. No es cuestión de teóricos. No se puede avanzar en la solución si no se involucran todos los elementos del conocimiento sociológico y creo, también, que el manejo empírico de las interrogantes sociales se estanca si no se nutre y participa de esos planteamientos.

Ruego que no interpreten mi posición como una trampa para mantener a mi amada disciplina fuera de la posibilidad de padecer crisis. De ninguna manera. Sólo quiero decir que este padecimiento no es crónico en ella y no puede ser inferida su presencia por el síntoma «replanteo continuo de su objeto, científicidad y paradigma interpretativo».

Para identificar la crisis, me inclino más hacia un análisis de la producción sociológica desde la óptica del cumplimiento de las funciones de la disciplina.

La imposibilidad de responder adecuadamente a las exigencias de las seis funciones en su conjunto

representaría una crisis general de la disciplina. En particular, la incapacidad de construir modelos conceptuales interpretativos señalaría una crisis epistemológica («de fundamentos»²⁵); la ausencia de elaboraciones generalizables nos hablaría de una crisis teórica;²⁶ la inhibición en la configuración del ideal futuro, de una crisis de utopía; y las limitaciones en las restantes funciones nos hablarían de crisis metodológica e instrumental.

Bueno, no se lo tomen demasiado en serio, pero puede servir para algo.

Obviamente, la sociología atraviesa por una etapa de crisis un tanto prolongada, que se expresa en una pérdida de fortaleza de los paradigmas clásicos, para explicar los procesos sociales actuales y dilucidar tendencias futuras, en una intensificación del repliegue hacia el estudio de áreas particulares y hacia la función instrumental en pequeña escala, y en la imposibilidad de producir nuevos modelos paradigmáticos para pensar la sociedad como un todo.

Claro que las fuentes esenciales de esta crisis no residen en el interior de la sociología, sino que están en la propia crisis de lo social, en las agudas paradojas que caracterizan la vida hoy en el planeta, que han situado el desenvolvimiento de lo social en el nivel de máxima complejidad, y en una encrucijada de cambio que el discurso sociológico no puede todavía reflejar en toda su multiplicidad.

Percibo que uno de los asuntos medulares a desentrañar se centra en la paradoja globalización/universalización/homogeneización e interdependencia progresiva de los procesos productivos, económicos, sociales y culturales, que rompen las fronteras nacionales, por un lado, junto a la reproducción de una gran diversidad estructural a escala regional, y la permanencia de la pluralidad cultural y los particularismos étnicos.

Dar cuenta del entrelazamiento de los procesos de «sociohomogeneidad» y «sociodiversidad», de las relaciones de poder en que se insertan y de la naturaleza de los actores sociales que aparecen en esta contraposición, de las alternativas de futuro que ellos contienen y cuáles representan verdaderas opciones para las grandes mayorías, es uno de los problemas fundamentales que habría que resolver para recuperar lo que podríamos llamar un «paradigma sociológico de emancipación»,²⁷ lo cual, a mi modo de ver, no significa de manera alguna un rompimiento con el marxismo, sino una renovación de sus postulados básicos y el diálogo creativo con otras teorías (especialmente con las propuestas weberianas).

Situaría en el centro del reexamen del marxismo el papel de los sujetos históricos extraclásicos y de los movimientos sociales en el cambio social, así como la

dialéctica entre los intereses individuales y sociales y de los factores subjetivos y objetivos.

Si la sociología vive una crisis, ¿también la sociología cubana atraviesa igual trance? Considero un exceso responder afirmativamente esta pregunta. No puede estar en crisis algo que no se ha formado como tal, que se está configurando y que no ha logrado completar sus funciones básicas; pero indudablemente no estamos ajenos a la crisis. Identificar sociologías nacionales o regionales no significa que éstas existan o se gesten al margen de la ciencia sociológica en su conjunto. Eso sería una barbaridad.

La crisis nos llega en primer lugar por los cambios de escenario en el contexto epistemológico. Nuestra matriz teórica se ve cuestionada en su capacidad explicativa, y no por la mala voluntad del otro bando ideológico, a la cual ya estamos acostumbrados, sino porque la propia realidad señaló debilidades y dogmatismos estériles.

Desde Cuba es muy fácil entender hoy que los desarrollos contemporáneos de la sociología marxista se basaron en las regularidades del «socialismo real» soviético. Estas se impusieron como modelo de interpretación y evaluación de otros socialismos -trampa en la que nos dejamos caer cordialmente-, y que dejaron totalmente fuera las peculiaridades de la transición desde el subdesarrollo y los más variados tercermundismos (donde los nexos entre modos de producción, tipos económicos, clases y otros componentes sociales siguen derroteros diferentes) y nos hicieron apartarnos de la tradición humanista del pensamiento social cubano y latinoamericano.

La crisis nos llega también desde nuestra propia sociedad, en crisis económica y en tránsito hacia otras fórmulas para la conservación de la independencia nacional y del proyecto de justicia social.

Así que a nosotros también se nos mueve el piso, pero creo que ésta es una movida beneficiosa, porque nos da la oportunidad de ver más claro, de romper con mitos y leyendas y mirar con nuevos ojos nuestra realidad. ¿Estaremos preparados para ello? Confieso que me preocupa nuestra falta de entrenamiento para la polémica y la crítica teórica, que a menudo nos hace deslumbramos con las ofertas más desmovilizadoras, y nuestro apego a las prácticas empiricistas.

En conclusión, considero que a pesar de no haber madurado aún y de estar signada por la crisis teórica de la disciplina y por la complejidad de los procesos sociales de su entorno inmediato, a cuyas exigencias debe responder, la sociología cubana tiene ahora la oportunidad de dar el salto sobre sus propios pies, desplegando todas sus potencialidades creadoras autónomas.

Ya que he tenido la osadía de llegar hasta aquí, me atreveré a una temeridad final: ofrecer mis puntos de

vista sobre algunos de los temas que debería abordar la reflexión sociológica en el país si no quiere perder el tren. Estos serían más o menos así:

En el campo de la reflexión epistemológica:

- Causalidad social. Dialéctica y teoría del caos. Nueva visión del orden y del caos. Relaciones causalidad-casualidad, estabilidad y cambio. Posibilidad de la predicción social.
- Actores sociales y fuentes de cambio social. Componentes estructurales clasistas, intraclasistas y extraclasistas. Dialéctica de sus nexos. Sujetos históricos.
- Desarrollo social. Universalismos y particularismos en el progreso histórico. Armonía entre homogeneidad y diferenciación social. Pluralidad de caminos para la viabilidad económica y social de pueblos diferentes.
- Relaciones naturaleza-sociedad. Conservación de la biodiversidad, protección ecológica y satisfacción de las necesidades fundamentales de los seres humanos.
- Diferencias socioeconómicas y desigualdades sociales. Fuentes, límites, papel en el progreso histórico.
- Papel de la sociología. Relaciones con el poder y con los saberes populares y otras fuentes del conocimiento de lo social. Explicación, comprensión, reflexibilidad.
- Teoría y perspectivas metodológicas. La armonía del par cantidad-cualidad en la comprensión de los fenómenos sociales.
- Subjetividad social e individual. Procesos intersubjetivos.

En la investigación de problemas particulares:

- Posibilidades de una alternativa socialista desde las condiciones del Tercer Mundo en el contexto del sistema sociopolítico y económico internacional.
- Reestructuración de las relaciones de propiedad. Nuevos y viejos actores sociales vinculados a ellas y a otras fuentes de diferenciación social. Procesos de integración y exclusión social.
- El sistema de las instituciones sociales y su ajuste a los cambios económicos y sociales. Relaciones de poder. Estado y sociedad civil. Sus componentes.
- Cultura política. Democracia y participación.
- El papel de la subjetividad individual y de los procesos intersubjetivos en la configuración de lo social, percepciones y representaciones sociales. El discurso socio político de los diferentes sectores y grupos.
- Entrelazamiento de los procesos macrosociales y la vida cotidiana.

Comprendo y acepto que mis apreciaciones no son de manera alguna una verdad confirmada y seguramente

generarán los más variopintos desacuerdos y perplejidades. Me sentiría satisfecha si, al menos, logro que nos situemos críticamente ante nuestra práctica investigativa e intentemos respuestas propias a interrogantes que deciden los derroteros y la relevancia futura de nuestra ciencia en el país.

Notas

1. L. Rodríguez Zúñiga, «El desarrollo de la teoría sociológica». En: S. del Campo, *Tratado de sociología*, vol.1, Ed. Taurus, Madrid, 1988.
2. Igor Kon, «De la filosofía social a la sociología». En: *Historia de la sociología del siglo XIX - comienzos del XX*, Ed. Progreso, Moscú.
3. Vladimir I. Lenin, *Quiénes son los amigos del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas*. En: *Obras completas*, t.I, Ed. Progreso, Moscú, 1984.
4. Jesús Ibáñez, *El papel del sujeto en la teoría. Hacia una teoría reflexiva*, Madrid, 1992.
5. M. Rutkevich, y Fridrich R. Filippov, *Desplazamientos sociales*, Ed. Misl, Moscú, 1970. (En ruso.)
6. Mayra Espina, y L. Núñez, «Acerca del concepto movilidad social y su utilización en la sociología marxista». En: *Estudio de la sociología cubana contemporánea, Anuario*, Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, La Habana, 1988.
7. C. Wright Milis, *La imaginación sociológica*, Instituto del Libro, La Habana, 1969.
8. A. G. Zdravomislov, *Metodología y procedimiento de las investigaciones sociológicas*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
9. G. Assman, y R. Stollberg, *Principios de sociología marxista-leninista*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
10. R. Merton, «Funciones manifiestas y latentes». En: Ileana Rojas (comp.), *El funcionalismo en la sociología norteamericana*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
11. M. Dogan, «Disgregación de las ciencias sociales y recomposición de las especialidades», *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, no. 139, 1994.
12. Idem nota 9.
13. Idem nota 8.
14. J. Hernández, «Materialismo histórico y conocimiento científico de la sociedad», *Revista Universidad de La Habana*, no. 215, 1981, Y. R. Vieta, «El objeto de la sociología marxista», *Revista Universidad de La Habana*, no. 215, 1981.
15. F. Alvira Martín, «La investigación sociológica». En: S. del Campo (ed.), *Tratado de sociología*, t.I, Ed. Taurus, Madrid, 1988.
16. V. N. Shubkin, *Cuestiones metodológicas de sociología aplicada*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
17. Idem nota 8.
18. H. Jetzschmann, y H. Berger, *El proceso de la investigación sociológica*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
19. Idem nota 9.
20. W. Friedrich, *Método de la investigación social marxista-leninista*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1988.
21. C. Selltiz, M. Jahoda, *Métodos de investigación en las relaciones sociales*, Ed. Rialp, Madrid, 1971.
22. Me refiero a los siguientes documentos elaborados por la Dirección Ramal de Ciencias Sociales de la Academia de Ciencias de Cuba: «Directorios de centros vinculados a la investigación de ciencias sociales» (que incluye una breve descripción de las temáticas de estudio); a la lista de «Programas Científico-Técnicos, Problemas de ciencias sociales», Obras científicas y Problemas ramales, y al de Resultados de ciencias sociales que recibieron premios anuales entre 1989 y 1994.
23. Por ejemplo, los tres últimos congresos de ALAS y LASA; eventos del CIPS, el CEHOC, la Facultad de Filosofía de la Universidad de La Habana, el Ministerio de Cultura, entre otros.
24. Aunque hay algunos textos sobre el terna, me refiero a que no ha existido una línea de investigación estable y sistemática en este campo. Pueden revisarse los materiales de Velia Cecilia Bobes, «Apuntes para un estudio de la sociología en Cuba. 1900-1959», ponencia al XVIII Congreso de ALAS, La Habana, 1991; J. Antonio Toledo y Jorge Núñez, «Las ciencias sociales en el proceso de construcción del socialismo: introducción a su análisis», *Cuba Socialista*, no. 40, 1990, y Darío Machado, «Algunas consideraciones en torno a las investigaciones y los pronósticos sociales», *Cuba Socialista*, no. 29, 1987.
25. R. Lanz, *El pensamiento social hoy, crítica de la razón académica*, Fondo Editorial Tropykos, Caracas, 1992.
26. J. Vergara, y E. Gomáriz, «Teoría, epistemología y poder en la sociología latinoamericana», *Revista Fermentum*, Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela, 1993.
27. Idem nota 25.